

Conclusiones

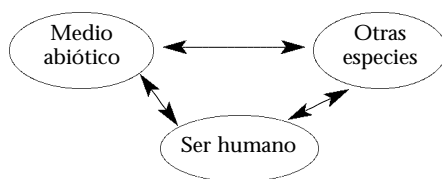
LA HUMANIDAD se enfrenta a un creciente desafío: convertir el Planeta Tierra en un espacio apto para la vida de las próximas generaciones. Se trata de un desafío nuevo, nunca antes el ser humano tuvo que preocuparse por la reproducción de su entorno de manera global, como Planeta. La gravedad que presenta la depredación y la contaminación, así como el incremento constante de población empobrecida, han obligado al desarrollo de políticas específicas para contener el proceso de deterioro ambiental, aunque no siempre con el éxito deseado.

Toda especie, en su afán por duplicarse y expandirse, transforma el medio ambiente a sus intereses. Con ello puede crear crisis ambientales. Recordemos el caso de las cianobacterias anaeróbicas que hace 2.5 mil millones de años al lograr romper los lazos químicos del dióxido de carbono y del agua utilizando la luz solar, se alimentaban de los compuestos orgánicos pero expulsaban el oxígeno. Este oxígeno fue intoxicando la atmósfera contra sus intereses, creando una crisis ambiental para la propia especie, al tiempo que permitiendo que se expandieran especies aeróbicas. Ninguna especie viva cuenta con un plan genético de equilibrio ambiental. Por el contrario, cada especie busca reproducirse y expandirse asumiendo recursos naturales y espacios compartidos por otras especies. Por ello, el término equilibrio dinámico que se utiliza comúnmente para referirse a los ecosistemas no es muy feliz. Da la idea de un proyecto teleológico de convivencia. Cuando en realidad se trata de un resultado no buscado y, sobre todo, parcial. Parcial porque la contracara del equilibrio es la permanente extinción de individuos y especies. Tampoco es feliz el término adaptación al medio que da la idea de un medio dado al cual la vida se adapta. En realidad la vida juega un papel activo, transformando el ambiente a sus intereses. Esa lucha por liberarse del entorno ha significado el reto de sobrevivir en ambientes siempre cambiantes.

Pero, ninguna especie no humana ha llegado, hasta donde sabemos, a tener conciencia de la necesidad de reproducir el entorno junto a su propia especie. Esta conciencia ha estado presente desde los orígenes del Homo sapiens, a

través de los mitos y ritos que buscaban garantizar la reproducción de las condiciones materiales de existencia. No obstante, hoy en día es la primera vez en la historia de la humanidad que dicha conciencia va más allá del espacio inmediato de vida y producción, para tener un alcance planetario. Desde la década de los sesenta del siglo xx diversas voces e instituciones se han encargado de hacer conciencia de la gravedad de la problemática ambiental. Se organizaron encuentros internacionales, y cada país ha venido adoptando progresivas políticas medioambientales. A pesar de ello, los problemas de fondo persisten.

¿Cuáles son las dificultades para revertir esta crisis ambiental? Aquí sostiene - mos que la dificultad está en las propias relaciones interespecíficas del género humano. Ésta no es la postura generalizada, y a primera vista puede parecer absurdo. Cuando se habla de la relación entre la sociedad humana y el medio ambiente se tiene en mente, por lo general, la que la humanidad establece con los demás seres vivos y con el medio abiótico. El siguiente diagrama ejemplifica esto:



Se trata de una visión equivocada, que tiene sus raíces en una visión simplista de la ecología. Porque las relaciones con el medio ambiente incluyen, además, las que se establecen al interior de la propia especie, entre congéneres. La diferencia es radical, y tiene que ver con la distinción entre relaciones técnicas y relaciones sociales.

Cuando se habla de relaciones del ser humano con el medio ambiente, tal cual se ejemplifica en el diagrama anterior, se están considerando exclusivamente relaciones técnicas. Las relaciones técnicas son las que se establecen entre el ser humano y el medio abiótico y otros seres vivos. Se trata de las relaciones más obvias en cuanto a efectos sobre el medio ambiente, y en muchos casos hasta visibles. Abarcan las causalidades inmediatas y puntuales: una atmósfera con exceso de dióxido de carbono, una tendencia al sobrecalentamiento del globo, la emisión de clorofluorocarbonos que eventualmente destruyen la capa de ozono, la generación de basura tóxica no degradable, el uso de recursos naturales no renovables, etcétera. Cuando estas relaciones técnicas generan resultados no deseados como los arriba anotados, se procura una alternativa también técnica de

solución. Filtros de control de emisiones, cargas impositivas, etcétera. Por cierto que estas soluciones técnicas pueden dar cuenta de variados problemas puntuales, pero la historia reciente ha mostrado que al tiempo que se soluciona un problema surge otro, y las cuestiones de fondo difícilmente han encontrado solución a través de alternativas técnicas.

Esta visión técnica de los problemas ambientales implica concebir la relación sociedad/naturaleza como genérica. O sea, concibe a la sociedad humana abstrayendo el contexto histórico. De hecho, las ciencias físico-naturales, al tener por objeto de estudio las relaciones técnicas tienen este enfoque genérico. La sociedad humana aparece como una unidad que se interrelaciona con el medio ambiente. Nosotros sostenemos que esta dicotomía sociedad/naturaleza es parcial, y por tanto equivocada para dar cuenta de la crisis ambiental.

El problema principal para la sociedad humana no es de interrelación con las otras especies vivas y con el medio abiótico. Es de contradicciones internas. No existen relaciones al exterior, con el medio ambiente, que no estén previamente mediadas por las relaciones al interior, entre clases y grupos sociales. La sociedad humana no se relaciona con su entorno de manera homogénea, como lo hace cualquier otra especie viva. La especie humana se relaciona de manera diferencial según su estructura de clases sociales. De una forma tan diferencial como podrían hacerlo distintas especies de seres vivos. No existe ninguna relación técnica que no esté subordinada a un determinado tipo de relación social, históricamente determinada, y resultante de una estructura de clases particular. Con esto no negamos que los ritmos y leyes propias de la naturaleza, o los ritmos modificados por la acción del ser humano, se manifiesten como imposiciones al ser humano. Lo que sucede es que estas imposiciones son asumidas de manera diferente por las distintas clases y sectores sociales; y estas diferencias en la forma de asumir la contradicción con la naturaleza se traducen en contradicciones sociales privilegiadas. Privilegiadas en el sentido de que estas contradicciones sociales se resuelven en favor de determinados sectores y clases antes y condicionando las contradicciones con la naturaleza.

Las relaciones sociales son las que se establecen entre los seres humanos a partir de la forma como se distribuyen los medios de producción. Esta distribución de los medios de producción determina un acceso diferencial al medio ambiente; grados de intervención y de decisión sobre el uso del ambiente diferentes, y leyes que gobiernan el ritmo, la forma y el tipo de recursos a utilizar. Se trata de las causas de fondo de los problemas ambientales. Causas nunca aparentes, siempre esenciales, que se manifiestan en las más variadas relaciones técnicas, y que no se explican a partir de un análisis de causalidad inmediata.

La relación de la especie humana con su entorno, y consigo misma, es siempre una relación mediática. Es decir, mediada por cosas producidas. Cuanto más cerca del presente histórico, el grado de intermediación de las cosas entre los seres humanos y de éstos respecto del ambiente es mayor. Esta es una tendencia intrínseca a la propia especie humana, que tiene su comienzo en el trabajo como proceso de objetivación de la naturaleza, y que no tiene ni tendrá fin mientras exista la especie humana. De todas las cosas producidas, algunas tienen un papel más preponderante que otras en la dinámica de la vida humana y en la relación con el medio ambiente. Nos referimos a los medios de producción. Éstos son los que permiten la reproducción de todas las demás cosas, de allí su jerarquía. Ahora bien, estos medios de producción se heredan de generación en generación de acuerdo a determinadas regulaciones sociales. También los animales producen cosas, y hasta utilizan instrumentos, pero cada generación arranca de cero, porque dichos instrumentos y ambientes construidos no se heredan de generación en generación estableciendo diferencias al interior de la especie como sucede con el ser humano.

Según el control que una clase tenga sobre los medios de producción, tanto el acceso a la naturaleza y su utilización, como la responsabilidad sobre los resultados imprevistos por su uso, será diferente. En la sociedad capitalista no es lo mismo el acceso a la naturaleza por parte de quien representa la propiedad de la tierra y de las fábricas que quien sólo dispone de su fuerza de trabajo para vivir. Las posibilidades de transformar el medio ambiente de forma planetaria, como se plantea hoy en día, están en las manos de los dueños de las fábricas que poluyen la atmósfera, que fabrican automóviles movidos a energía fósil, que producen alimentos y materias primas utilizando insumos tóxicos y no biodegradables, que producen armamento, que realizan sus ganancias con la generación de energía nuclear, que saquean los mares para incrementar sus lucros, etcétera. Por cierto que de nada de esto puede tener responsabilidad la inmensa mayoría de la especie humana que no dispone de los medios para producir, que no representa al capital, sino que tan solo sobrevive de la utilización de su propia fuerza e intelecto biológico.

En este entendido no hay comparación alguna con el resto de los seres vivos, donde cada generación arranca de cero, no acumula su experiencia en cosas. Por ello, proyectar la interpretación ecologista a las relaciones sociedad/naturaleza es equivocado. La sociedad nunca se enfrenta a la naturaleza como bloque, como especie, sino que se enfrenta como sociedad dividida, compleja y diferenciada en clases. Estas relaciones sociales determinan el tipo de relación técnica a establecer y, con ello, la manera como el ser humano se relaciona con su entorno. El rápido desarrollo de la productividad del trabajo humano durante

el último siglo, con su modalidad de utilización de energía fósil, y con sus consecuencias lamentables sobre el medio ambiente no puede pensarse fuera de un sistema de relaciones sociales capitalistas, donde la competencia imprime de manera forzosa e inevitable, la orientación de la producción hacia la obtención de la ganancia, en lugar de la satisfacción de las necesidades sociales.

Sin un análisis de cómo las relaciones capitalistas obligan a un determinado comportamiento del ser humano con su ambiente, no podemos entender las causas de la crisis ambiental contemporánea. Avanzaremos en el conocimiento técnico y puntual de la depredación, o de la contaminación, pero no tendremos conciencia de las fuerzas más profundas que explican aquel comportamiento técnico. Al no partir del análisis de las relaciones sociales tratamos lo que es una manifestación puntual como un problema de fondo.

El ejemplo más contundente de que la mayoría de los análisis sobre la crisis ambiental responden a una concepción técnica está en la contradicción que corrientemente se plantea entre las necesidades crecientes de la especie humana y un mundo finito en materiales. La finitud del mundo material sería la "responsable" (aunque no se plantee explícitamente así) de la crisis ambiental. Existe depredación, por ejemplo, porque la riqueza material no es renovable. Si existiera en abundancia no habría problemas de agotamiento y, por tanto, tampoco de depredación. Cuando se trata de recursos renovables la depredación sólo puede existir porque la velocidad de recicle natural no es suficiente a los intereses humanos. En este caso se trata del límite físico de recicle que la naturaleza impone a la sociedad humana. La depredación es, en todos los casos posible porque aparece un mundo material finito y/o más lento en sus ritmos que las necesidades humanas. La definición de economía que da la teoría neoclásica y keynesiana es elocuente de esto: utilización de recursos escasos para satisfacer necesidades ilimitadas. Esto es, la sociedad humana con necesidades ilimitadas se enfrenta a restricciones físicas impuestas por la finitud de la materia. Si en lugar de considerar los efectos de la depredación, consideramos los de la contaminación nada cambia. En este caso, la sociedad humana lanza residuos al medio ambiente más rápido de lo que éste es capaz de reciclar. Nuevamente estamos frente a un problema de límites físicos. Por último, puede pensarse la crisis ambiental como un problema de sobrepoblación y pobreza, al estilo malthusiano. También en este caso aparece la naturaleza incapaz de ofrecer el alimento suficiente, lo que deriva en un supuesto excedente de población. Siempre los límites físicos naturales están por detrás de esta concepción técnica de la crisis ambiental. Para la economía ecológica esta contradicción entre límites físicos y estilo de desarrollo es el centro explícito del problema.

Esta idea de límites físicos y de contradicción entre desarrollo humano y mundo material escaso permea diversas ciencias. Toda la teoría del Big Bang, por ejemplo, parte de la base de un Universo finito. La ley de la entropía, cuando pensada a nivel universal, tiende a mostrar una contradicción entre la utilización de materiales por el ser humano y el crecimiento del desorden; es otra forma de presentar la energía útil, ahora como probabilidades tendenciales finitas.

La gran mayoría de la discusión en torno al desarrollo sustentable tiene, como común denominador esta contradicción entre desarrollo ilimitado y mundo material finito. Concomitantemente, las políticas de reversión de la crisis ambiental pasan a ser de control y ahorro de energías fósiles, de limitación del crecimiento poblacional, y de limitación de las emisiones contaminantes. En todos los casos está implícita la idea de que actividades técnicas generan resultados no buscados, y que éstos pueden ser contrarrestados con otras acciones técnicas. Queda por fuera de la discusión el análisis de las relaciones sociales de producción. No discutimos aquí si la materia es finita o infinita (cosa que por otro lado no está claro); tampoco si la segunda ley de la termodinámica tiene alcance restringido o universal (tampoco esto está saldado); menos aún si es “racional” el control sobre el uso de los recursos no renovables, o el control de las emisiones no reciclables. Sí nos interesa destacar que el punto central de la crisis ambiental no está allí. El problema central está en las relaciones sociales de producción. La consigna de salvaguardar el Planeta para las próximas generaciones no responde a una sexta de la población mundial que está subnutrida y tal vez ni logre tener futuras generaciones. Tampoco a una cuarta parte de la población mundial considerada pobre por las Naciones Unidas, y que está prioritariamente preocupada con su propia sobrevivencia. Según un informe del PNUD de 1997, la cantidad de pobres aumentó en 900 millones en los últimos 50 años, y pasó de 17 a 23 por ciento de la población mundial. Allí están las relaciones sociales y la causa de la crisis ambiental. Con ello se demuestra que la especie humana no puede ser considerada como un bloque en su relacionamiento con el medio ambiente. No existe una racionalidad neutra o absoluta, que diga si deben o no explotarse los recursos naturales no renovables. Mientras para unas clases o sectores de clase puede resultar “racional” para otras será irracional.

Sostenemos que el problema de la crisis ambiental no debe plantearse en términos de si la sociedad humana se enfrenta a límites físicos. Porque no hay tal “sociedad humana” en abstracto. Lo que existen son clases y grupos en alianza y oposición, que se relacionan entre ellos y con el entorno de manera totalmente diferente. El problema no es sólo técnico, tampoco es prioritariamente técnico. El problema es social. Además de las relaciones técnicas aparenciales,

existen relaciones sociales de producción que generan, según el tipo, tendencias de utilización del entorno, de los materiales y/o de la naturaleza en general, de forma particular. Allí radican las fuerzas últimas que explican el comportamiento humano con su ambiente.

Cierto es que como especie, la humana tiene determinadas tendencias genéricas, universales, como ser la utilización del espacio de forma crecientemente mediática y la objetivación de la naturaleza. Tendencias que conducen de por sí a una alienación frente a los medios de producción, y un incremento en los resultados imprevistos. Pero, también es cierto, que esta tendencia intrínseca de la naturaleza humana es redimensionada históricamente por la forma particular de producción, por el entramado de relaciones sociales que convierten la alienación genérica respecto de la tecnología en una alienación específica, en el capitalismo de la clase obrera por parte del capital. O sea, las relaciones sociales transforman lo genérico en histórico.

Las relaciones capitalistas, por ejemplo, implican determinadas leyes de comportamiento con el ambiente. La búsqueda de la ganancia, como objetivo en sí de la producción capitalista, conlleva la producción ilimitada. Esto no es intrínseco a la naturaleza humana como suponen la teoría económica neoclásica y la keynesiana, que identifican lo que es propio de un momento histórico con algo genérico a la especie humana.

Cada una de las tendencias intrínsecas al incremento de la ganancia capitalista, implica comportamientos forzosos sobre el medio ambiente. Tanto la tendencia al abaratamiento del capital constante, como al incremento a la rotación del capital conducen al saqueo de la naturaleza. No es una cuestión de voluntad, es una relación necesaria cuando existe competencia mercantil. Si prestamos atención a las leyes de aplicación del capital a la tierra, nos encontramos con la explicación del avance sobre suelos vírgenes, de la utilización de capital de manera intensiva, saqueando las riquezas naturales, y hasta de la explotación y/o apropiación monopólica de ciertas partes del Planeta. Cuando pasamos a las implicaciones de las relaciones capitalistas sobre el trabajo, aparecen la pobreza, pauperización, migraciones y pérdida de la diversidad cultural como resultados necesarios. En su conjunto, se trata de la demostración más nítida y contundente de que las relaciones capitalistas no conciben con un desarrollo sustentable.

